

EL ECO LITERARIO.

SEGUNDA SERIE.

En Valencia 4 rs. al mes.

NÚM. 6.— DOMINGO 10 DE JUNIO DE 1849.

En Provincias 5 rs. al mes.

Tenemos el gusto de contar desde hoy entre los redactores del *Eco*, á D. Manuel Gimenez, escritor ventajosamente conocido en el mundo literario.

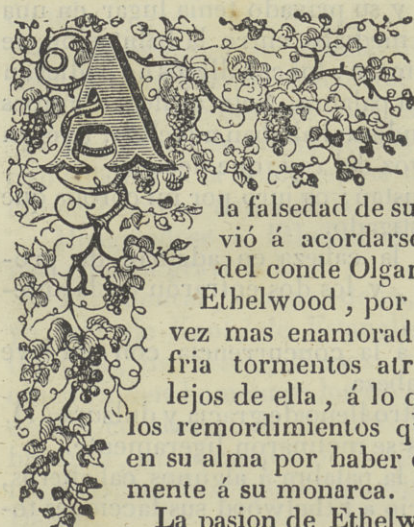
ELFRIDA.

LEYENDA INGLESA.

(Continuacion.)

VI.

EL PERMISO.



ALGUNOS dias habian trascurrido desde la llegada de Ethelwood á Winchester, y Edgar, gracias á

la falsedad de su favorito, no volvió á acordarse mas de la hija del conde Olgar.

Ethelwood, por el contrario, cada vez mas enamorado de Elfrida, sufría tormentos atroces por hallarse lejos de ella, á lo que debe añadirse los remordimientos que se despertaron en su alma por haber engañado tan vilmente á su monarca.

La pasion de Ethelwood en lugar de morir con la ausencia, adquirió mas vida, mas energía; así, las horas que pasaban se le hacian dias y los dias años.

Un dia no pudo resistir á la violencia de su amor y se dirigió al palacio de Edgar: como tenia suma familiaridad con el rey nadie se opuso á su entrada.

Llegó á la habitacion, que ya conocen nuestros lectores, y sin anunciarse (porque entonces no se conocia la etiqueta que se usa en nuestros dias) penetró en ella.

El rey estaba solo y en cuanto divisó á su favorito, le dijo:

— ¿Tú por aquí, Ethelwood? ¿qué ocurre?

— Señor, dispensad si os causo alguna molestia por el favor que os voy á pedir.

— ¡Molestia! de ningun modo; al contrario, me alegraré en el alma serte útil en alguna cosa, porque ya sabes que te prometí, hace unos dias, recompensar tus leales servicios. Habla, pues, y dime lo que desees.

— Señor, no vengo con el objeto de pedir os honores, ni riquezas, que aquellos no me fascinan ni éstas me satisfacen.

— Filósofo estás, dijo Edgar sonriéndose.

— Solo deseo que me concedais permiso para....

para....

— Vamos, concluye; ¿para qué?

— Para casarme....

— ¿Para casarte?... ¿casarte tú, Ethelwood! ¿tú, el mas galante caballero de Wessex? Sin duda deliras.

— No sé por qué decis....

— ¿Por qué digo que deliras?... No es, pues, sin motivo; tú mismo has dicho mil veces que odiabas el casamiento.

— Verdad es que lo he dicho, señor, pero ahora pienso de otro modo: la edad, madurando mi juicio ha cambiado completamente mis ideas, y lo que antes odiaba, lo apetezco ahora, porque me causan hastío esas aventuras amorosas cuyos pasajeros placeres, destruyendo el cuerpo, embotan y matan al alma.

— ¡Diablo! hablas como un obispo, y ni aun nuestro buen Dunstan dijera otro tanto.

— Señor, os suplico que no os burleis, porque hablo seriamente.

— ¿De veras quieres casarte?

— Mi resolucion es irrevocable.

— Sepamos, pues, quién es la elegida.

— Señor, la que quiero para compañera de mi vida es.... Elfrida.

— ¡Elfrida!

El rey se levantó de su asiento vivamente alterado; una horrible sospecha se habia despertado en su pecho. Ethelwood leyó esto en el semblante del rey y se apresuró á destruirla.

— ¿Qué os altera?

— Me parece que he oido mal.

—Decia, continuó Ethelwood tranquilamente, que la elegida de mi corazón era la hija del conde Olgar.

—¡Ay de tí, Ethelwood, si me vendes! dijo el rey.

—Señor, ¿qué decís? ¡Yo venderos!

—¿No me dijiste que la hermosura de Elfrida valia muy poco?

—Cierto que os lo dije y lo vuelvo á decir; vale muy poco su belleza para el rey de Wessex, para el poderoso monarca que tiene vasallos coronados que reman en su esquife (1) y le prestan homenaje hincados de rodillas; mas para mí, pobre y oscuro caballero que no tengo mas palacios que las tiendas de campaña, ni otros cortesanos que mis escuderos, Elfrida, tal cual es, vale mucho; y por eso, señor, si algo valen mis servicios, os suplico me concedais vuestro real permiso para enlazarme con ella.

Ethelwood, merced á su language adulator, consiguió desvanecer las sospechas de Edgar, á medida que hablaba la nube sombría que habia cubierto por algunos instantes la frente del rey se fue disipando hasta desaparecer totalmente. Indudablemente hubiera sido Ethelwood en nuestros dias un fino cortesano.

—Vamos, mi buen Ethelwood, dijo el rey, yo te concedo mi permiso para que solicites la mano de Elfrida.

—¡Ah! gracias, gracias, mi rey, dijo Ethelwood con efusion postrándose de rodillas.

—Levanta, Ethelwood, tú eres digno de que te conceda mas altas mercedes: eres un leal servidor, y para darte una muestra de mi afecto, yo mismo recomendaré tu demanda al conde de Devonshire.

Edgar escribió algunas líneas en un pergamino que entregó á Ethelwood.

—Toma, le dijo, entrega ese pergamino al conde Olgar: en él te recomiendo encarecidamente y si, como es de esperar, te concede la mano de su hija, ya veremos despues si podemos darte algunos de nuestros condados como regalo de boda. Parte, pues, Ethelwood, parte al momento, ya que tantas ganas tienes de casarte.

—Al instante.

—A Dios, Ethelwood.

—Señor, él os guarde.

Y Ethelwood salió de la estancia con el pergamino en la mano, la alegría en los ojos y la dicha en el alma.

VII.

Despues de la boda.

Algun tiempo despues del casamiento de Ethelwood, esperaba éste en la antecámara del palacio de Winchester la salida del rey.

(1) Histórico.

Aquella misma mañana habia recibido un mensaje, en el que Edgar le ordenaba pasar inmediatamente cerca de su persona. Ignoraba Ethelwood la causa que habia motivado aquel llamamiento imprevisto y como su conducta no se hallaba nada tranquila, temia que Edgar hubiese descubierto su supercheria y quisiese tomar una sangrienta venganza.

Multitud de caballeros aguardaban tambien en la antecámara la salida del rey; algunos de ellos, de carácter mas belicoso que sus compañeros, hablaban de una próxima invasion de los daneses, y se congratulaban mutuamente por tener que desenvainar sus espadas ya casi enmohecidas despues de tantos años de una paz profunda. Otros, mas aficionados á la vida sossegada de las ciudades que á los fatigosos azares de la guerra, se prometian de la munificencia real honores, empleos y riquezas.

La presencia del rey puso término á todas las conversaciones; su ministro favorito Dunstan, arzobispo de Cantorbery, le acompañaba, y ambos al parecer sostenian una conversacion interesante. Todos los caballeros, y Ethelwood entre ellos, notaron que el semblante del rey estaba demudado por la cólera, y á juzgar por sus ademanes, queria egecutar algun egemplar castigo, del que sin duda queria disuadirle Dunstan. Como la conversacion del rey y su privado tenia lugar en una larga galería que mediaba entre la habitacion de Edgar y su antecámara, los caballeros no pudieron oir la mas mínima palabra. Solo al llegar ambos interlocutores donde se hallaban aquellos, oyeron distintamente la voz del rey, que decia:

—Basta ya, Dunstan; os juro por mi corona que el traidor será castigado.

Dunstan bajó la cabeza en ademan de profunda resignacion, y los dos entraron en la antecámara.

El rey saludó á la concurrencia con un leve movimiento de cabeza.

Dunstan con otro lleno de gracia y dulzura (1).

Los caballeros se inclinaron ligeramente.

Edgar dirigió la palabra á algunos caballeros, y cuando descubrió á Ethelwood sus facciones tomaron la expresion de la mas punzante ironía.

—¡Oh! mi fiel Ethelwood, le dijo, veo con placer que á pesar de tu reciente casamiento, siempre eres el mismo cuando se trata de mi real servicio.

—Señor, me honrais demasiado.

—No mucho, mi querido Ethelwood, no mucho, pues he olvidado tu puntualidad en egecutar

(1) En aquellos tiempos groseros la cortesania no habia podido introducirse en un pueblo extraño todavía á los progresos de las artes y á los placeres delicados que forman el encanto de las naciones civilizadas. Egberto, uno de los antecesores de Edgar, y Dunstan, privado de éste, se hicieron notar por sus elegantes modales que sin duda aprendieron durante su permanencia en Francia.

mis órdenes, tu *lealtad*.... que he tenido ocasion de probar en una mision delicada, y otras recomendables circunstancias que hacen de tí el mas *cumplido caballero* de mis reinos.

El rey recalcó el acento en las palabras subrayadas: Ethelwood sufría demasiado teniendo que ocultar su embarazo con una fingida sonrisa; y los cortesanos le miraban con envidia por los elogios que el rey le tributaba.

Edgar continuó.

— ¿Y cómo te encuentras en tu nuevo estado, mi querido Ethelwood?

— No muy mal.

— Eso quiere decir, no muy bien; ¿no es cierto, Ethelwood?

— Teneis razon, señor, yo creía encontrar mayores felicidades en el matrimonio; pero me he engañado....

— Miserablemente, dijo el rey concluyendo el período. Ya te lo decía yo, mi buen Ethelwood, pero no me quisistes creer. ¡Oh! ¡estabas tan enamorado de tu esposa!... A propósito, Ethelwood, ¿sabes que dicen que has tenido mal gusto en la eleccion de compañera? Como que se susurra por ahí qué es.... así.... muy fea.

— ¡Señor! suplicoos no sigais mas adelante en esa conversacion. Es mi esposa, y como tal, no sufriré que se hable en mengua suya delante de mí.

— ¡Por San Agustin! mucho debes querer á Elfrida cuando á tanto te atreves.

Volviéndose despues á los caballeros, dijo:

— Ya lo veis, señores; de hoy en mas será preciso aclamar á la noble esposa de Ethelwood por la mas hermosa dama de la Gran-Bretaña.

Dirigiéndose á Ethelwood continuó con la mas cómica gravedad.

— Para honrar, como se debe, á tan bella dama, yo, rey de Kent, de Estanglia, Mercia y Nortumbria, de Essex, Sussex y Wessex; yo, á quien rinden homenaje los reyes de los escotos, de los cumbrios, de las islas Hébridas y de los britanos, iré al castillo de Corfe á visitar á vuestra muy noble y poderosa esposa la condesa de Devon.

— ¡Soy perdido! dijo Ethelwood entre sí.

— ¿Lo habeis entendido, Ethelwood?

— Señor, permitidme os diga que no es digna mi morada de recibir tan noble huesped: no obstante, os doy, señor, las mas espresivas gracias por el honor que nos dispensais, y con vuestro permiso parto á mi castillo de Corfe á dar las oportunas disposiciones para que el recibimiento corresponda á la régia alcurnia del que nos visita.

— Partid, pues, y no olvidéis que dentro de tres dias me teneis en vuestro castillo.

Salió Ethelwood, y el rey, dirigiéndose á Dunstan, le dijo:

— Ya lo veis, he seguido vuestras instrucciones: iré á su morada, veré á su esposa, y si el aviso que me han dado es cierto ¡Ay de Ethelwood!... Ahora, dijo á los caballeros, ahora, señores, á caza: ya se sienten las bocinas y el ladrido de los perros. A caza, señores, á caza.

Edgar salió del palacio y todos los caballeros le siguieron.

El venerable Dunstan, dirigiendo sus ojos al cielo, exclamó:

— ¡Infeliz Ethelwood!

(Se continuará.)

Pedro Pruneda.

LA AUSENCIA

Y

LA ESPERANZA DE UNA UNION.

¿Sabes tú lo que es la ausencia?

¿Sabes niña, como yo,
Cuánto pesa esta sentencia?
No lo sabes, niña, no.

Sabes lo que es el velar
Noche y día sin cesar,
Y decir:

«¿Cuándo mirarla podré,
Cuándo, ¡oh cielo! dejaré
De sufrir!»

¿Tú sabes lo que es llorar
Así llorando esperar
Dicha vana;
Y no tener un momento
De un alegre pensamiento.....
Ni un mañana?

Penas los dias me dan,
Esos dias que se trazan
Que no se sabe do van.....
Ni se sabe como pasan.....

Porque temo que pasando
Detrás me vayan dejando
Dias menos.....
Y que en su rápida huida
La fiera muerte divida
Nuestros senos.....

Entonces ¡ay! la sentencia
De esta tristesima ausencia
¿Qué seria?.....
¿Qué esperanza nuestro pecho
Cobijara? ¡Duro lecho!....
¡Losa fria!!!

¿Pero á qué tan tristemente
Presagiar triste fortuna?
Por qué miran á la luna
Cuando existe un sol luciente?

Pensemos de otra manera,
En la suerte placentera
Que tengamos
Cuando quiera el justo cielo

Que un dulce yugo y un velo
Nos pongamos.
¡Oh cuán bello pensamiento!...
No me dejes ni un momento,
Que hace mucho.....
Hace tiempo..... no sé cuánto.....
Que en este siglo de llanto
No lo escucho.

Troquemos nuestra fortuna,
Que la dicha está en la mente:
Miremos el sol luciente,
No miremos á la luna.

Vendrás, hermosa, vendrás,
Y gozando me verás
Lo que hoy peno;
O yo, desunando lazos
Iré á alentar en tus brazos
Y en tu seno.

Porque no es la suerte impía,
Ni menos la losa fría
Quien nos llama;
Es de amor el lecho blando
De dos que se van pensando
¡Quién mas ama!.....

De dos que ven solamente
En union divina y válida
Un sol puro y refulgente,
No la luna triste y pálida.

Antonio Barroso.

❖ T O D O ❖ N A D A (1).

FRAGMENTO HISTÓRICO.

(Continuacion.)

Si nuestros lectores recuerdan que un hombre embozado oía, puesto en acecho detrás de las columnas de las antecámaras del palacio de Alejandro VI, los planes de conspiración contra el duque de Valentinois fraguados por Vitellozzo, Fermo, Orsini, Gravina y Oliverotto, y los deseos de exterminio que les animaban y los dictérios que sobre él lanzaban, no extrañarán el desastroso fin, que en medio de los mas festivos bacanales, y cuando todo parecia sonreír á su alrededor, tuvieron dichos personajes debido al activo y voráz veneno de los Borgias.

César, como buen tirano, era suspicaz, y sabia rodearse de esclavos, aduladores y espías; merced á esto pudo deshacerse de algunos de sus temibles y furiosos adversarios. El sabia que el ataque era sin tregua ni descanso, y la batalla á muerte; mortal fue tambien la guerra que él hizo; Por eso con desfachatéz y altanería decia á los

(1) Véase el núm. 4 de este Semanario.

cinco envenenados nobles. «Está saldada nuestra cuenta; ya nada nos debemos.»

Fue tal la horrorosa impresion que la noticia del envenenamiento produjo en aquellos infortunados nobles, que Pablo Orsini, trémulo y desencajado, se dirigió á sus cuatro compañeros, que parecian abatidos, y con el acento de la desesperacion, les gritó: «Ya os lo decia yo, nobles señores, al veneno de los Borgias no resisten ni aceros, ni cotas de malla, ni balas de oro ni de plomo.... Pero confianza en Dios, amigos, confianza en el Eterno.... muramos haciendo votos por la independencia de Italia, por la ciudad de los Pompeyos, Césares y Marcos Antonios, de aquellos hombres honrados, valientes y decididos, que saliendo de la capital del mundo cristiano y alejándose de las riberas de ese rio, cuyos apacibles murmullos percibimos en estos instantes, y que dentro de poco será nuestro sepulcro, avasallaron y dictaron leyes al Universo, que tembloroso se prosternó ante ellos y les rindió, mal de su grado, cumplido homenaje; muramos pidiendo al Dios que vela por la felicidad de las naciones, que la rival de Atenas y Cartago, la ilustre Roma sea protegida, para que pueda arrojar de su seno á su tirano, á ese degradado Borgia y que sus siempre triunfantes águilas alcen su vuelo hasta las nubes, se posen sobre el leon alado de San Marcos, dominen el capitolio y entonen los himnos de la victoria. Y muramos, en fin, ya que morir es nuestro destino, con nobleza, con orgullo y maldiciendo y entregando á la execracion pública la memoria de nuestro verdugo, de nuestro asesino.»

—Muy bien, Pablo Orsini, repuso César con la sonrisa y el sarcasmo pintado en su rostro, sabes desahogar con toda perfeccion la rabia que, mejor que el veneno, te devora en estos momentos: ¿y todo por qué? porque he sabido hacer con tiempo lo mismo que vosotros intentabais hacer conmigo. ¿No te acuerdas, duque de Vitellozzo, que querias cortar las uñas del águila, tronchar sus alas, y abatir su vuelo? Pues qué ¿no ha hecho bien esa águila con caer sobre tí, miserable, y devorarte para luego remontarse magestuosa por esos aires? ¿Y tú, noble duque de Oliverotto, no querias convertir el oro y la plata en balas para acabar con el tirano de Roma? ¿Qué mucho, pues, el que vuestro tirano haya fundido ese oro y esa plata en un bien combinado filtro? ¿Y tú, orgulloso Pablo Orsini, no querias á tu vez atajar la carrera del leon, arrancarle las uñas y arrojarle impotente para pasto de viles insectos, de imbéciles orugas? No extrañes ya que el leon, que te parecia dormido, haya sacudido sus melenas y pisoteado á los reptiles que acabar querian con su existencia. Y vosotros todos, decidme, ¿dónde teneis ahora los pueblos y los ejércitos que habian de hundir en

la nada el poder de César Borgia? ¿En qué parte está enarbolado el estandarte de la rebelion?... ¡Ah! nobles caballeros, os habeis engañado! porque; ¡ya lo veis! César Borgia ha triunfado de vosotros, y triunfará de cuantos ilusos quieran imitaros; César Borgia, á pesar vuestro y de vuestros partidarios, reina, y mañana, alevarse grande y potente sobre vuestros cadáveres, hará grabar con caracteres de fuego en el escudo de sus armas este glorioso lema: O TODO, O NADA.

—Gózate en tu triunfo, hombre sin honor, exclamó Orsini. A la manera que los bandidos y traidores, jactate de habernos vendido villanamente. Así obran los cobardes, los asesinos, los tiranos, los.... *bastardos*, sí, óyeo bien, César, ¡los bastardos! porque tu no eres mas que un *bastardo de los Borgias*.

—Insúltame, bien puedes hacerlo; tus palabras son los lamentos de un moribundo, son los ayes de la agonía y los gritos que te arranca el sutil veneno que abrasa tus entrañas, pero esos gritos, ayes y lamentos, se apagan aquí, mueren con vosotros, porque estas bóvedas todo lo absorben sin que se perciba fuera de ellas el mas mínimo eco. «Os dejo, pues, con vuestra desesperacion y remordimientos. Señores: estais ya á las puertas de la eternidad; el cielo recoja vuestras almas.» Y arrojando sobre ellos una mirada de desprecio, desapareció.

(Se continuará.)

Jaime Ample Fuster.

¡ALLÁ VA!!!....

MAZ mas oportuno al ponerme á escribir por primera vez en un periódico, que el ser cortés con los lectores, galan con las lectoras y amable con unos y otros, haciendo á todos un saludo, lo mas gracioso que posible sea, puesto que para vivir en el mundo y con el mundo, he de cultivar tan preciosas relaciones. La buena fe con que creo deben ser los lectores reverentemente saludados, es tal y de tal naturaleza, que puede y debe disculparme de una porcion de cosas que yo me sé, y que atañen todas al arte de saludar. En esta buena fe confio, y con esta buena fe espero, lo que en semejantes casos es lícito esperar, incluso el agradecimiento de los lectores, á quienes de antemano agradezco yo todo lo que ellos puedan agradecerme, si es mucho, por que es mucho; y si es poco, porque es poco; que todo le viene bien al corazon pacífico y honrado.

Despues de todo lo dicho, y antes de lo que

está por decir, bueno será que los lectores de este artículo se den por saludados, y que comenzando por las lectoras diga yo algo de alguna cosa.

¡O tú, á quien debo suponer hermosa lectora! ¿No es verdad que viven ¡dentro de tí mil pensamientos que de dia y de noche son tus inseparables compañeros, que unas veces, bajando hasta el corazon le hacen latir, ya con la violencia de la pasion, ya con la languidez de la ternura, y que otras veces, subiendo via recta desde el alma, se escapan de tu ligera y lindísima cabeza, y resbalando en graciosos círculos por las perlas de tu tocado, se evaporan y se pierden despues ascendiendo envueltos por el aura sutil á la region del cielo? Mis artículos, querida lectora, pensarán en tus pensamientos, y acaso te los disfinan, analicen, vuelvan y revuelvan con mas claridad que la que brilla en mi anterior período, por lo demás, lleno de poesia, como tú, lectora, de ideas vagas y de vaporosos caprichos.

¿No es verdad, tambien, lectora amable, que además de lo que piensas, hay momentos en tu vida que pasan por tí, sin que tu pienses en nada? Pues cuando no pienses en nada, mas quiero engañarme que creer que, estando despierta, estás en estado de inmovilidad física y moral, tan parecido á la estupidez que solo puede perdonársele á los hombres, con tal que por lo demás sean buenos esposos, y en caso necesario, buenos diputados de la nacion. En estos momentos, lectora amada, es mi opinion que se derrama sobre tu existencia un indifinible encanto que la penetra, encarnando en tu pecho un afecto que da al corazon nueva y generosa vida. Pues ese encanto, ese afecto y esa nueva vida, son ni mas ni menos que la facultad de sentir puesta en accion el *sentimiento*, lectora mia, que tiene en tí dos celestiales espresiones, la del amor á tu amante, y la del amor á tus hijos. ¡Desgracia grande para tí, si ni tienes amante á quien amar, ni puedes recoger de tu regazo las infantiles caricias de un hijo! Desgracia grande que no tiene otro consuelo que el de saber, que como estos dos divinos sentimientos, hay tambien otros que vienen muchas veces al mundo con las criaturas, para no salir nunca del fondo de su corazon, donde dolorosamente comprimidos jamás pierden del todo su tristísima vida. La criatura así, ahogada por sus sentimientos, tiene con todo un recurso que consiste en ir traspasándolos, hoy uno y mañana otro, desde el corazon á la cabeza, y poniéndolos allí en la nevera del juicio, dejar que se hielen, hasta que, duros como piedras, puedan ser arrojados, adonde, estrellándose, desaparezcan.

Y no creas que al tratar el sentimiento lo haga con frivolidad y que esta manera sea hija de un corazon empedernido, ni de un fatalismo ciego y extraviado, sino mas bien hija de un profundo

convencimiento religioso, y de una esperanza grande á cosas mejores que las de este mundo, que sin gran dificultad puede llevar á cualquiera á *tararear*, por decirlo así, en este valle de lágrimas, hasta que llegue el tiempo de cantarle con toda la espresion del infortunio, en medio del armonioso coro, que pediria en el cielo misericordia y amor. ¡Ojalá tengan un término feliz vuestros dias, afortunadas mugeres, que nacidas para el sentimiento, habeis con él embellecido vuestra vida, repartiéndoles apenas nacido con los seres para quienes citaba destinado! ¡Ojalá puedan templarse vuestras penas, mugeres desgraciadas, que con el sentimiento en el corazon, habeis dado de él al mundo tan solo lágrimas y suspiros!

(Se concluirá.)

Cortadillo.

VARIEDADES.

UN DESAFÍO ORIGINAL.

Acaba de tener lugar en Madrid un lance, que quisiéramos se repitiera con mucha frecuencia, siquiera porque los capitales amortizados salieran de su estancamiento en bien y provecho de los pobres. Hé aquí como nos refiere la Crónica contemporánea el suceso, que vemos confirmado por uno de los mas acreditados y dignos periódicos de la corte:

Dos señores asturianos, pertenecientes á la cruzada que hace tiempo vino de aquellas montañas para conquistar las alfombradas llanuras de las oficinas del estado, nos hicieron reir ayer tarde á la puerta de uno de los cafés mas concurridos de la corte: en presencia de varios amigos, y sobre si habian de pedir un vaso de agua sin azucarillo ó con él, empezaron á saludarse magníficamente con el dictado de tacaño, hasta que, hostigados por los amigos, dijo uno de ellos:—Estas cosas pruébanse de esta manera: por cada duro que tú seas capaz de dar de limosna, me atrevo yo á.... dar (esta palabra se le atravesó en la garganta) dos duros.

—¿Quién? ¿tú? replicó el otro; ¿á que no?

—¿A que sí?

Los amigos los animaron y salieron á la puerta del café á esperar que pasase algun pobre. Un infeliz anciano tuvo la suerte de ser el primero que llegó allí, y los amigos cuidaron de llamarle para comprometer á los asturianos: éstos palidecieron, echaron mano á sus respectivos bolsillos; y el que debia perder la mitad menos que su antagonista, exclamó con acento dolorido:

—¡Y habremos de ser tan tontos, que tomemos de veras esa broma!

—Sí, repitió el otro.

—Pues vaya.

—Pues venga.

Y permanecieron largo rato silenciosos, hasta que el mas tacaño de los dos, sacó un duro, cerró los ojos, y al tercer amago se lo entregó al pobre. El otro soltó dos con no menos pena, y ambos miraron á los concurrentes para observar el efecto de aquel rasgo de generosidad. Pero los amigos supieron comprometerlos de tal modo, que se repitió la operacion *veinte veces*, recogiendo el afortunado mendigo *sesenta duros*. Para llegar á esa suma tuvieron los mozos del café que cambiar un billete de mil reales al que daba de limosna cuarenta, y el cual parecia mas dispuesto á continuar la apuesta. El otro cayó desvanecido en los brazos de un amigo al sacar el último duro, y se incomodó porque le habian traído un coche pesetero para volver á su casa. A pesar de tener algunos bienes de fortuna, piensa volver á su tierra *pedibus andando*, para reponer en su caudal la limosna de los veinte duros.

GABINETE CIENTIFICO-ARTISTICO.



Nos hacemos un deber en manifestar á nuestros lectores los notables adelantos que Don Juan José Barrera está haciendo en su establecimiento de ciencias y artes, situado en esta ciudad, en la calle de Carnicor, número 5, esquina á la plaza de la Congregacion. Nos hemos visto agradablemente sorprendidos al inspeccionar con toda minuciosidad las materias que se hallan bajo la direccion de tan ilustrado y estudioso profesor. Y con efecto: ¿quién que de español se precie, y de amante de su patria no sentirá un grato placer y una completa satisfaccion al observar á un compatriota lanzarse con ardor en la senda del saber, consumir sus mejores años en continuados estudios y, á fuerza de ensayos y experimentos, alcanzar un lugar distinguido entre los artistas, un asiento en varias corporaciones científicas y un nombre brillante en la república literaria? Nosotros hemos visto multitud de documentos, de testimonios públicos, oficios y certificaciones, en que personas de todas clases de la sociedad felicitan y dan las gracias al señor Barrera por sus constantes desvelos en favor de la instruccion general, por haberlos enseñado con brevedad y solidez cuanto se propusieran aprender como discípulos suyos, siendo muchos de estos de esta misma capital; y en que consignan hechos altamente honrosos

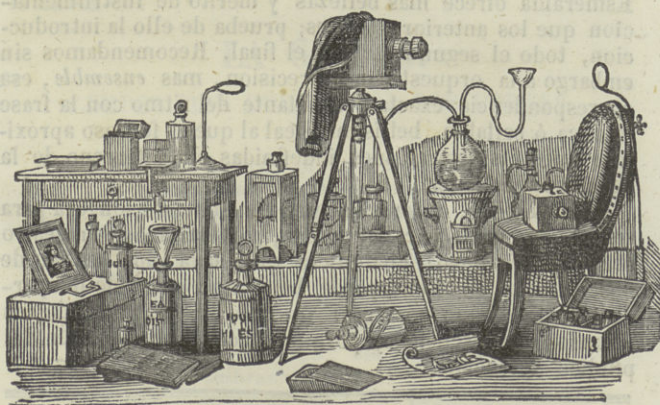
y que deben enorgullecer al que, como el señor Barrera, no aspira en sus largos y no interrumpidos estudios á otro premio que á una favorable acogida, á una gran confianza pública y una aceptación general. También hemos leído varios artículos que la prensa de esta capital ha dedicado en distintas ocasiones al referido profesor, y en todos se le tributan los mayores y mas justos elogios. En una palabra: todo lo hemos visto y de todo nos hemos enterado, razon porque podemos asegurar, sin recelo alguno de ser desmentidos, que el señor Barrera es un español que honra su patria, y que es digno de ocupar un lugar muy distinguido entre los profesores célebres dedicados á las ciencias y á las artes.

Lástima grande es el que este profesor no se halle ya dirigiendo un colegio, donde en mayor escala y con mas estension pueda enseñar los muchos conocimientos que posee y que se hallan en parte bien esplicados en las varias obras elementales de que es autor y que tanto séquito tienen. Aunque tenemos entendido que el señor Barrera, llevado de sus grandes deseos de ser útil á sus semejantes, y á instancias repetidas de personas respetables é inteligentes, piensa llevar á cabo la idea que dejamos consignada; ¡ojalá se le dispense la pequeña proteccion que sabemos necesita, para que cuanto antes pueda tener Valencia un establecimiento que le juzgamos desde luego de mucha utilidad para la educacion é instruccion de la juventud!

Sería tarea en extremo pesada el entretenernos ahora en hacer una descripcion detallada de cuanto hemos admirado en el establecimiento del señor Barrera; pero toda vez que este acaba de circular un prospecto comprensivo de todo, nos parece oportuno dar una idea de él en éste *Semanario*, trasladando sus mismas palabras.

NUEVA PERFECCION DEL DAGUERREOTIPO.

Retratos fotogénicos premiados por la Sociedad Económica de Amigos del Pais de Valencia, por la perfeccion, limpieza, claridad y exacta semejanza que se observa en ellos.



Don Juan José Barrera, bien conocido por lo acabado

de sus trabajos, tiene el honor de ofrecer al público los retratos perfeccionados de los que tan lisongera acogida han tenido en Madrid, Granada, Jaen, Murcia y otros puntos.

El mismo, á fuerza de continuadas observaciones y repetidas pruebas y ensayos en las operaciones fisico-químicas que pertenecen á este maravilloso arte, ha conseguido por fin un nuevo procedimiento por medio del cual hace los retratos con suma facilidad y en poco tiempo, tanto en dias serenos como nublados y aun lluviosos.

Los retratos hechos por este procedimiento se distinguen por su limpieza, finura en los detalles, estremada claridad, y tienen además de la fidelidad en el parecido, el mérito de presentar la fisonomia tranquila, perfectamente delineada y despejada de ágrias sombras que pudieran afearla. El fondo de la placa está en armonia con las tintas y ropage de los sujetos, cuya circunstancia hace resaltar los retratos hasta tal punto que parecen estar trazados con el mas delicado pincel.

También los hace de colorido imitando á los de miniatura.

Precio de cada retrato de 30 á 50 rs. vn., segun sea el tamaño (1).

Si algun retrato no saliere á gusto del interesado no tiene obligacion de tomarle.

Tiene un buen surtido de alfileres, medallones y marcos de todas clases y tamaños para colocar los retratos.

Las muestras están de manifiesto, algunas espuestas al público y otras en su gabinete.

NOTAS.

1.^a En razon de estar en relacion directa con los mas célebres fabricantes fotógrafos de Paris, tiene de venta y á precios módicos cuanto pertenece á este arte, como son: planchas, paspartus, líquidos acelerativos de varios autores, etc., con excelentes máquinas para sacar vistas y retratos, las cuales no se entregarán al comprador sin que antes y á su presencia se hagan las pruebas y quede por ellas satisfecho.

Admite los encargos que se le hagan para Paris, pues recibe con frecuencia las remesas.

2.^a En vista de la favorable acogida que de algun tiempo á esta parte ha merecido este artista del público y de la prensa de esta capital, deseoso de proporcionar á los concurrentes mayores comodidades y en los retratos mas perfeccion, ha construido un gabinete adecuado en el cual está la luz modificada de tal modo que no incomoda en nada la vista y esto hace que los sujetos tengan la fisonomia natural durante la corta esposicion: otra de las ventajas que ofrece dicho gabinete es el estar tan reservado, que no pueden ser vistos de parte alguna.

(Se continuará.)

LA LINTERNA MAGICA.

Con este título se publica en Madrid un periódico mensual, que aunque ningun pacto tiene con el diablo ni sus satélites, los duendes, brujas y vampiros, no obstante, es tanta la luz que arroja la tan dichosa linterna, que se ven en relieve á primera vista todas y cada una de esas cosas que nos escitan la risa y el buen humor. Este ciudadano ha tenido el atrevimiento de invadir la *República de las letras*, proclamando nada menos

(1) En los grupos solo se aumentan 10 rs. por cada una de las personas que se agreguen á la principal del retrato. Si los retratos se sacan de algun cadáver, cuadros al óleo, litografías, etc., los precios son convencionales.

que estos tres sacramentales dogmas: *Jocosidad, jovialidad, hilaridad*: palabras que escritas en la gloriosa bandera del periodismo, son el terror y el espanto de la gente taciturna, misántrope y atrabiliaria. El señor Ayguals de Izco, no contento con haber publicado en su acreditada *Sociedad literaria, la Risa, el Fandango, el Dómine Lucas y la Carcajada*, con el objeto único y exclusivo de hacernos pasar buenos ratos, ahora da por el ínfimo precio de 6 rs. al año, un periódico mas risueño, si cabe, que aquellos, y adornado con profusion de grabados.

Van ya publicados seis números de *La Linterna Mágica*, y sigue abierta la suscripcion en todas las administraciones de correos y principales librerías.

TEATRO.

REVISTA CRITICA.

LA ESMERALDA, BAILE DRAMATICO EN TRES ACTOS Y CINCO CUADROS, COMPOSICION DE MR. PERROT, MUSICA DEL MAESTRO PUGNY.

FATALIDAD! hé aquí la idea que Mr. Hugo revistió con las formas mas interesantes y originales en la célebre *Nôtre Dame de Paris*, novela que todos aprendimos de coro en los primeros albores del romanticismo moderno: ¡fatalidad! hé aquí tambien la palabra que explica mejor la triste situacion de nuestros teatros, oprimidos por una mano de hierro tan misteriosa y escondida como el tema del famoso poeta. Pero, bajo de aquella idea, y al través de esta palabra ¿no hay algo mas para el ojo lince del hombre pensador? Si; despues del fatalismo, hay un vacío inmenso, la nada; tras del que se observa generalmente en nuestros coliseos, naturalmente se descubre otro vacío mas lastimoso, el de nuestros bolsillos. A la vista tenemos periódicos de la corte en que se consignan sendas verdades, amargas á las empresas y acíbar puro para los públicos; porque desgraciadamente para todos, no hay que decir que solo los valencianos faltamos al deber de divertirnos, á juzgar por la fama y por la prensa, únicas pruebas de este pleito. Tampoco acusaremos á las empresas, porque no derrochan sus fondos; nada de eso: para nosotros todos los intereses legítimos son igualmente atendibles, así como creemos que no existe derecho de imputar al público su desgracia como crimen de lesa civilización. Pues qué ¿no hay sino añadir aflicción al afligido, y hacer de las diversiones teatrales un apéndice al sistema tributario, al paso que las pobres empresas no puedan sostener el lujo de sorprendentes espectáculos y continuas novedades? Cuando el público no acude á los teatros, es que la monotonía y poco interés de las representaciones le fastidia, ó lo que es mas sensible, porque no tiene humor de divertirse, en todos los sentidos de aquella palabra. Si se reúne algo de uno y otro y además sube el termómetro algunos grados, por un poco de política y de fresca brisa daríamos todo el teatro de Breton ó de Delavigne. Esto es lo que cabalmente sucede, á

no aparecer en nuestra escena una *Esmeralda* sin precio, la señora Guy.

En la noche del martes último, la concurrencia fue numerosísima, y el baile, acaso el mejor entre los que hemos disfrutado; su argumento con leves y precisos desvíos sigue paralelo á la acción principal de la famosa novela que al principio citamos, motivo bastante para obligarnos á huir de impertinentes reproducciones. Efectivamente, ¿quién que lea un artículo de crítica, no sabe que Febo, Claudio Frolo y Cuasimodo estaban perdidos por una gitana llamada Esmeralda? Lo que falta y deseamos hacer saber es, que esa encantadora gipsy ha sido fielmente representada por la señora Guy, y que los perdidos y entusiasmados por ella eramos todos, el público. Ahí están por testimonios los multiplicados *bravos*, los atronadores aplausos, los bellísimos y numerosos ramilletes que cubrieron la escena, formando á los pies de la célebre sílfide una alfombra que solo ellos merecen pisar. Bien creemos que puedan ejecutarse esfuerzos coreográficos superiores aun á los de la señora Guy; pero atesorar tanta gracia mímica, ser bailarina, actriz y muger á un tiempo y en todo tiempo, solo lo concedemos á una notabilidad que bajo este aspecto creemos mas, porque la juzgamos singular. Así la hemos visto burlar con graciosa truhanería al poeta Gringoire, walsar admirablemente espresiva con el capitán Febo, y últimamente hacer un furor indescribible en el deliciosísimo *Jaleo de Jerez*. La sal que derrama la Guy en los cortos compases de esta linda composición es de lo mas dulce que hemos probado hasta el día, incluso el turron de la patria y las ilusiones de los poetas: ¡ah! ¿quién no lo fuera bastante para dejar siquiera el aroma del recuerdo en el alma de una andaluza traducida al francés!

Digno amante de *Esmeralda* el señor Goutié ha arrebatado el entusiasmo mas original en el preciosísimo *wals de la locura*, final del segundo acto, porque contra lo acostumbrado notamos una explosión de aplausos y bravos, unánime-simultánea-improvisada, producto exclusivo de la sorpresa mas grata en un momento dado. Y en efecto, ora la fuerza alternaba con la gracia, ora la destreza mas arriesgada competía con las actitudes mas bellas, ó bien se reunía todo ello para rivalizar con la Guy, triunfar de lo imposible y fascinar al público. El señor Massot, siempre preciso y exacto aun á través de las dificultades y solos mas prolongados, desempeñó su papel de Gringoire con tanto talento de pies como de cabeza, y fue aplaudido. Asimismo lo fueron con justicia las señoritas Laborderie, Palmira, Monet y Leblond.

Dos buenos efectos ha producido el lujo en los trages y la novedad de las principales decoraciones; recordar al público que asista á un teatro español de prime rorden, y hacer tolerable algun anacronismo y falta de exactitud. En cuanto á la creación musical, nos atrevemos á opinar que la Esmeralda ofrece mas bellezas y mérito de instrumentación que los anteriores bailes; prueba de ello la introducción, todo el segundo acto y el final. Recomendamos sin embargo á la orquesta mas precisión, mas *ensemble*, esa correspondencia exacta y constante del ritmo con la frase mímica ó bailable, bellísimo ideal al que es forzoso aproximar nuestras aspiraciones indefinidas en el terreno de la ejecución artística.

Ahora bien, al terminar una revista tan lisongera para todos como grata para el crítico, ¿olvidaremos al maestro señor Barrez? No; cualquiera que haya sido testigo de sus trabajos en el ensayo del baile que acaba de ocuparnos, le dirá como nosotros: vindicad buena parte de los aplausos que escuchais, porque habeis merecido bien del público valenciano.

Imprenta de D. Benito Monfort,
plaza del Temple, núm. 5.